



JUAN FRANCISCO JORDÁN MONTES, *Idilios con Iris o la pervivencia del sufismo y de la espiritualidad en la lírica, Valencia: Cuadranta, 208 páginas.*

1. INTRODUCCIÓN AL LIBRO

El libro *Idilios con Iris* fue presentado por su autor, Juan Jordán, como novedad al culminar la Feria del Libro de la ciudad de Murcia, en el mes de octubre de 2024, en el Instituto Teológico Franciscano de la capital del Segura, actuando como coordinador y presentador del mismo el filósofo y teólogo doctor Bernardo Pérez Andreo.

2. CONTENIDO DEL LIBRO

El libro se inicia con un preámbulo (pp. 9-10) donde se expone el motivo de la elección de la diosa Iris, la mensajera de los dioses mitológicos, como metáfora del encuentro del Creador con la criatura a través de una heraldo, la del velo multicolor. No es posible evitar el recuerdo de la aparición del arco iris hebreo tras el diluvio y la figura de Noé.

En la obra únicamente participan y se relacionan entre sí tres personajes: el propio autor, si bien no se trata de una biografía, un ángel femenino (de nombre Ángela) y el diablo, quien trata de interferir, y hasta cercenar ocasionalmente en algunos capítulos, en la relación amorosa, incluso erótica, de los dos primeros. Pero también en este breve preámbulo, de manera concisa, se exponen ciertas citas en las que la divinidad se manifiesta maternal con el fiel o devoto (la diosa Isis con Seti I; Yavé en Isaías 66: 12-13) o hasta nítidamente sensual (Ezequiel 16:8). E, igualmente, unas consideraciones acerca de la necesidad de recurrir a lo material para acceder a lo espiritual (Agustín de Hipona: *De genesis ad literam 1:4, capit. 32*).

En una *Introito* (pp. 11-15), que sirve de prelude y ambientación a los cuarenta capítulos siguientes, el autor justifica su inspiración y el origen de su musa, pero también anuncia el contenido posterior del volumen.

El libro, tras cuarenta breves capítulos de los cuales seleccionaremos algunos para comentar, culmina con un breve diccionario de dudas (pp. 199-201), en el que se recoge y explica el significado de palabras casi fosilizadas o bien procedentes del mundo medieval (arquitectura, armamento, expresiones...), pero también la elección de una acepción poco frecuente del vocablo o ya olvidada. Un agradecimiento a diversas personas (p. 203), cierra el libro.

3. ASUNTOS DEL LIBRO

Hemos creído distinguir algunos temas esenciales:

- a. La mediación, manifestación o hierofanía de Dios ante su criatura, por usar el término acuñado por Mircea Eliade.
- b. El silencio y olvido de Dios, en una aparente contradicción con lo anterior.
- c. El encuentro inevitable en la vida con los pobres y con la conciencia.
- d. Las tentaciones del diablo. Mefistófeles (etimológicamente «el que no ama la luz»).
- e. Y como resumen: un viaje al interior del alma.

Nos sorprendió enseguida cómo el autor utiliza el erotismo como una de las vías legítimas de acceso hacia la divinidad, con una naturalidad libre de toda censura, propia o ajena, con una limpia espontaneidad, con una sinceridad que sublima todo defecto, toda mácula y, especialmente, todo miedo ante censores y radicales ortodoxos.

Es posible afirmar que el libro es una aportación a la reflexión, a la meditación, a la reconciliación con los otros. No es un libro pietista ni destinado exclusivamente a monjes o personas muy devotas, por caso. Por el contrario, se abre hacia todo un amplio espectro, desde los jóvenes hasta los viejos. Es cierto que, acaso, fuera conveniente disponer de cierto bagaje cultural y mitológico, pero no es imprescindible porque cada alusión es comentada sucintamente en nota a pie de página.

El oído de la lectura se va abriendo conforme se avanza sosegadamente en los capítulos, los cuales, no necesariamente deben leerse del primero al último, pues que son por completo independientes entre sí, a la vez que el orden de los mismos no influye en el proceso mental de la captación de los diferentes mensajes o alegorías. La lectura incluso admite la omisión de algunos de ellos, sin alterar en lo sustancial la impresión global que se obtenga.

4. EL SUFISMO Y OTRAS RELIGIONES ORIENTALES EN *IDILIOS CON IRIS*

Desde las primeras páginas se percibe una nítida inclinación hacia el sufismo. Cada capítulo se inicia y concluye con una cita de un místico del Islam, aportando unas referencias al lector para que acuda directamente a las fuentes bibliográficas literarias, si está interesado en ese juego de encuentros interculturales, proporcionándonos, además, una muy breve semblanza y su cronología. Así nos encontramos con interesantes figuras: Ibn Arabí de Murcia, Al-Sustari de Guadix, Hakin Sanai de Gazhan, Rumi..., todos ellos entre los siglos XII y XIII.

Y, aunque se advierte que las creencias del autor son cristianas (citas evangélicas, alusiones al maestro alemán, dominico, Eckhart en su *El fruto de la nada* (siglo XIII) o al llamado Anónimo Inglés en su *La nube del no saber* (siglo XIV), se nos ofrecen también valiosas y sugestivas alusiones al gran Kabir (siglos XIV-XV, India) o al poeta y místico y monje budista Santideva (siglo VIII).

Todos ellos participan de manera indirecta en los diálogos incisivos, sensuales en ocasiones, no exentos a veces de humor, siempre muy humanos, entre el personaje mortal y su ángel femenino, casi una niña. La alegría suele imponerse al abatimiento y luce en su mutua relación la esperanza y el esfuerzo de superación, la reconciliación y los lances amorosos. Las escenas se suceden en diversos ambientes: en la montaña, en el hogar, en las calles y plazas de una ciudad... Pero también entre los mármoles de la Alhambra de Granada (por cierto, una de las escenas eróticas del libro).

Esta erudición y exposición de autores antes mencionados y que le han servido al autor como inspiración e influencia, es también un sello personal del mismo, del propio escritor, según deducimos de su producción literaria previa y que hemos leído, aunque parcialmente¹. Hemos de incidir en este aspecto, ya que el propio desarrollo y dinamismo de la lectura de *Idilios con Iris*, curiosamente, se podría realizar siguiendo la estela paralela de las citas a pie de página, ya que las continuas referencias bibliográficas (exactamente 360 en un libro de apenas doscientas), permiten conocer el mensaje y el contenido del volumen. Se advierte una singular destreza y sintonía para conjugar los diferentes temas que aborda cada capítulo con las citas de los místicos sufíes, sin que se perciba estridencia alguna o alusiones forzadas.

1 *Días de Ángela*, Murcia: Editorial Diego Marín, 2015; *Tardes con Ángela*, Murcia: Editorial Diego Marín, 2016; *Viaje a Tálasa*, Murcia: Tres Fronteras, 2017; *Nyktígenes. Nacido en la noche*, Málaga: Seleer, 2017; *Lux ludens. La luz que juega*, Salamanca: Amarante, 2018; *Eres mi hermana. Sirio en Orión*, Varsovia: Amazon, 2020.

Como el propio autor declaró en la presentación del libro, no se trataba, empero, de elaborar un manual de eclecticismo o de sincretismo espiritual, sino que defendía por entero la libre práctica de cada individuo en cada fe y creencia.

5. TRES ESCENAS CON UN DENOMINADOR COMÚN

Realizó el autor en la presentación una exégesis de su propio libro, mediante la narración de tres historias vinculadas entre sí, dos de ellas por la cronología, todas por la temática y el mensaje que transmiten. Nos referimos al encuentro del místico Ibn Arabí con la joven Nizam en La Meca, en el año 2001 de la era cristiana, orando y recitando versos en torno a la Kaaba. Este encuentro, entendemos que ideado por el santo musulmán para ilustrar sus enseñanzas espirituales, encuentra su paralelismo con la llamada «hija» del maestro dominico Eckhart, y la visita que realizó la pequeña al convento del monje sabio, solo unos pocos años después que Nizam apareciera en la vida de Ibn Arabí. La tercera historia transcurre en el desierto de Egipto, y le acontece a un eremita cansado de su vida solitaria, asolado por ayunos y penitencias, y a quien también se le aparece una joven hermosa para proporcionarle consuelo y ánimo ante sus tentaciones.

Este extraordinario motivo, la niña o joven, inocente y en apariencia inexperta, en verdad sabia, que instruye al maestro varón, erudito, en apariencia gran conocedor de la Verdad, en realidad ignorante, recuerda, sin duda, a la guía ética que significa la presencia de Beatriz, enviada por la Virgen, ante Dante y la purificación espiritual que experimenta el escritor italiano, suceso acaecido también en el siglo XIII. Pues bien, como declaraba el propio autor de *Idilios con Iris*, ochocientos años después, el fenómeno se reitera y Ángela actúa con el escritor de manera similar a como se presentaron y manifestaron en su día la joven Nizam, la «hija» del maestro Eckhart o la dama Beatriz.

6. VALORACIÓN LITERARIA

Este tipo de obras líricas, en el caso presente de prosa poética o sensitiva, con ritmo interior casi constante en diversas asonancias, es de difícil catalogación. No es una novela, pero su estructura en capítulos y su agilidad narrativa y expositiva recuerda ese modelo. No es una pieza de teatro, pero los diálogos son constantes y prolongados, vibrantes en ocasiones, cuando las descripciones del entorno, del escenario, se reducen a lo mínimo posible, como un telón de fondo, delante del cual se mantienen los encuentros de los personajes.

Nos atrevemos a afirmar que se trata de una suerte de balada, muy extensa, subdividida en cuarenta capítulos, cifra que es santo y seña del autor en su trayectoria literaria. Es inevitable pensar en la alegoría trascendente del núme-

ro cuarenta, al menos en el mundo judeocristiano² y que siempre significa un cambio de situación, una transformación del espíritu.

El espléndido libro *Idilios con Iris* presenta, en consecuencia, una estructura mixta en la que se incorporan la prosa poética y un dialogismo introspectivo que se convierte en la piedra de toque de la obra. La estructura se realiza a través de preguntas, dudas o simplemente reflexiones que le permiten al narrador expresar sus sentimientos, miedos, deseos no cumplidos o anhelados.

No nos es posible acceder a la conceptualización del libro, sin conocer a los personajes principales de este:

a y b.- Ángela y el narrador implícito o explícito, según el cotexto o contexto extralingüístico. Ella inunda e impregna todo el libro desde cualquier perspectiva y se convierte en el vínculo entre lo divino y eterno y lo mortal y efímero. La importancia de Ángela radica en que su presencia es necesaria para la felicidad del narrador:

Pero viene Ángela y transforma todo en un instante, mi negrura en arcoíris. Por su voluntad y gratuitamente, sin demandarme nada, sin censurar mi apatía. – Me moría sin tu mirada –le reconozco azorado y en zozobra–. Soy adusto y reseco arbusto, en el desierto un áspero rodamundo (sic). ¡Y creía ser fecundo! Mas solo soy experto en ardidés de Odiseo. ¡Y presumía de ser sabio, oh, iluso! (pág. 26).

c.- El concepto de la búsqueda de Dios y la necesidad de la unión transcendental entre dos almas que se requieren continuamente se aproxima a una mística sufi, hindú y, por supuesto, cristiana. Ángela se convierte en la persona más deseada por su extraordinaria belleza espiritual que se aproxima al interlocutor, a un verdadero erotismo con expresiones relacionadas con la pasión, la devoción y la sensualidad, como se manifiesta abiertamente, sin olvidar la desesperación y el dolor que provocan en él.

– No dudes nunca de mí. Siempre vengo. Yo siempre estoy y soy. Ven, ve y vive con alegría. No guardes tus semillas en tus atrosjes*. Siémbrales. Disemina tus palabras; esparce tus sonrisas; derrama tus miradas. El Padre te convirtió en semilla y te sembró.

2 40 días y noches de diluvio (Génesis 7,4), tras el cual surgirá una nueva humanidad; 40 años de éxodo en el desierto del pueblo judío (Deuteronomio 2,7), tras el cual se alcanza una nueva libertad y pueblo; 40 días y noches de Moisés en el Sinaí (Éxodo 24,18) y surge una nueva figura carismática y guía de su pueblo; 40 días de Jesús en el desierto, orando y siendo tentado por el demonio (Marcos 1,12-13) y brota un nuevo espíritu: «El espíritu le empujó al desierto»; 40 días después de la resurrección acontece la Ascensión (Hechos 1,3).

Y yo me arrodillo ante sus pies y los beso, tan lindos, los de mi dama, aquella que me adama, sin reclamarme nunca nada. No me recuerda mis ausencias varias, no apunta en su libro mis faltas, no me rencilla por mis pecados de ayer y de mañana. [...] Gracias, Ángela, por tu presencia. Mi alma te desea, como el salicornio al agua. Te busco dentro de mí (pág. 27).

¡Ojalá puedas tú venir a mí, como el caballo del rey a su llamada! ¿Por qué no te mueves tú y te arrojas entre mis aguas? Pero siempre me niegas. Niegas que existo, niegas que te miro, niegas que te hablo, niegas que te sonrío (pág. 31).

d.- El diablo. Juan Jordán es verdadero maestro de la palabra y la usa de tal modo que es capaz de elaborar en el capítulo segundo una extensa isotopía sobre el concepto de oscuridad, negrura o noche, el cual vertebra todo el capítulo que reza como «Acuosa oscuridad de obsidiana». El dolor que provoca la ausencia de la amada es espiritualmente estridente por la presencia del maligno:

Los monstruos de los recuerdos cercan a veces mis pensamientos, babas de lava oscura, pastoso azabache del pasado. El ángel de la negrura se jacta de merodear sin miedo alrededor de mi almofalla. El opaco y lóbrego que ocluye todos los colores, presume de poseer las llaves de mi puerta y me las tintinea en la cara. Ónix se cuelga entre telarañas de cuarzo negro y zafiro corceles, aquel que todo envidia de la vida de los hombres, el que en todo miente, el que de su final siente miedo.

– En vano grito tu nombre, anegada la boca por las olas, náufrago a solas. Trato de aguantar sus embestidas en la quebrada proa rocosa de turmalina que se asoma al abismo, deleznable laja en inestable equilibrio. No sé cuántas andanadas más soportaré (pág. 23).

Otros vocablos referentes al color negro destacan los que se enumeran a continuación: ágata negra, mar de zafiro negro, ondulaciones de petróleo, pético ónice, entre otros.

También a lo largo de la obra se puede leer en los capítulos de la obra la maestría del autor en el uso exacto del vocabulario, como se comprobará en estos enunciados:

Ángela sonrío inescrutable. Su mirada es un arcano:

– Lo sabían en Sumeria. Pero a veces olvidáis la sabiduría de los antiguos, porque solo escucháis vuestra sabiduría tecnológica y os escudáis en vuestros aceros de guerra. En vuestros encierros os volvéis miopes y hasta ciegos ante la Naturaleza. Yacemos ambos en la laja, asomados al vacío, alféizar que avizora el horizonte y el atardecer. Naufraga el astro entre montañas y océanos en el cielo, donde nacen y se moldean islas, piélagos, orillas refulgentes. No hay nada permanente; todo muta. Muere el sol para otorgar vida...

Ángela, creo, atisba mi pensamiento y me sonrío, como solo ella sabe sonreír. Sesenta segundos de belleza indomable (pág. 73).

Hay que advertir que el autor de la obra demuestra en cada página del libro un gran dominio de los mitos grecolatinos (obviando alguna errata involuntaria o escrita con celeridad y que sería necesario corregir). Incluso nombres relacionados con el tema se encuentran vivos en sus contextos intralingüísticos y extralingüísticos. Son nombres cercanos y diarios que conviven en la mente de Juan Jordán. He aquí algunos ejemplos que corroboran cómo mitos y nombres llenos de connotaciones forman intertextos excelentes: Aracne, Diógenes el Cínico, Boecio, Eneas, Minos, Ícaro, Teseo, Selene, halcón Horus, gélidos bóreas, céfiro, río Lete, Nausícaa, Sumeria, Pegaso, Quimera.

El capítulo veintidós resulta muy significativo y lleva por título «¡Ángela!». Las páginas que contiene el capítulo nos acercan a la necesidad por parte del autor de convivir con ella en su vida diaria. Ella le proporciona tranquilidad, equilibrio, y, en suma, vida. Juan Jordán incorpora, ficcionalmente, a Ángela como parte de su familia que apacigua cualquier problema:

Sueño. Recorro la casa donde vivo con la familia. Me retiro a la última de las habitaciones. Hay cierta oscuridad de ventanas cerradas y penumbra en la estancia. No abro las ventanas; despliego los libros y comienzo a investigar y a escribir; o a cocinar para la tropa. Lo de siempre; ninguna novedad en mi lacedemonia vida. Pero el que teme su fin, viene y enreda, enturbia los pensamientos y extiende los lazos de las tentaciones, filamentos de acero elástico que se enredan en mis miembros y aprisionan el cuerpo. Salgo corriendo de la habitación y trato inútilmente de desembarazarme de sus hilos de aparente plata, cables de tortura en lo sombrío. El que no sabe reír me persigue por el pasillo y no logro zafarme de sus ataduras, ni tampoco de su acoso. Como cuando era niño. Siento temor y repugnancia. No se me ocurre otra cosa para escapar y grito fuerte; pronuncio su nombre: – ¡Ángela! (pág. 121).

La prosa, gran parte de las citas y la fundamentación conceptual se cohesionan a través de la mística, pues supone un viaje hacia el autoconocimiento personal mediante cierto lirismo y superación de los problemas que pueden nacer en el camino hacia Dios:

Y ella ríe y ríe por mi desparpajo y mi descaró; mas no se arredra ni inmuta por mi aparente contundencia y lógica de filósofo. Me responde de la misma guisa: –Tus pasos es que son muy lentos. Cuando tú caminas la millonésima de un metro, él ya ha recorrido la distancia entre un punto y otro de tu universo, en

tu búsqueda que es incesante. Das mucha faena, porque siempre te escondes y quieres jugar al escondite.

Y yo silencio avergonzado mis razonamientos; mas ella prosigue:

– Antes de que abras los ojos, te baña en la luz de su mirada, como Selene contemplaba a Endimión. Tú solo tienes que recibirle; no es necesario que camines, que corras una maratón o que te fatigues. Él viene; siempre viene y se acerca hasta tus estandartes, y los levanta si yacen en la tierra dormidos, y los enarbola si permanecían inertes, y los esgrime si estaban inermes. Es una suerte ser contemplado por mi ángel, permanentemente, ya esté en vela o sueño (pág. 157).

7. LA ORFANDAD DE LA MÍSTICA SIN LA PRESENCIA DE LOS POBRES

Al margen de todas las consideraciones indicadas, es importante recalcar cómo el autor no olvida la presencia de los pobres en la obra (la necesidad de ir «de la alcoba a la escoba», tal y como se expresa), como parte ineludible y necesaria del mensaje que pretende transmitir... Y como elemento esencial de la propia felicidad del escritor y del lector. Son cautivadoras las referencias a personajes, imaginamos que reales por los nombres y los detalles que se expresan, en las páginas 161, referida a la mendiga Elena, «la de bizantina belleza», y 162, donde se habla de:

Penka, la pequeña y encorvada anciana esclava, duerme en las puertas de los grandes almacenes, sin cama, sin sábana, sin almohada. Ella no conoce mis poemas, ni mis libros y le importa un comino. Pero en el último día se verá conducida por un espléndido auriga ante la majestad divina, y será proclamada no menos que con el solemne título de zarina. Yo le imploraré entonces un guiño, una sonrisa, una mano amiga; hasta un beso en la mejilla.

Bien le advierte Ángela que la dicha y hasta la victoria final del protagonista están en juego y en el aire:

Aunque le entregué mi inocencia, él viste todavía con sus áureos harapos de emperador de Bizancio, púrpura y seda de andrajos. Y se jacta aún, cual califa de Bagdad, del mármol de sus palacios o presume de sus espadas de Damasco... (pág. 88).

Ginés Lozano Jaén³

3 Doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Murcia y catedrático de Lengua Castellana y Literatura. Miembro-colaborador de la Academia Norteamericana de Lengua Española (ANLE). Perteneció a la Comisión de Ortografía de la Real Academia Española que elaboró la *Ortografía de la lengua española* (2010) y la *Fonética y Fonología* (2011). Entre sus obras hay que destacar *Cómo enseñar y aprender sintaxis* (con 11 ediciones en la editorial Cátedra).